

**SHEILA
FITZPATRICK**

EL EQUIPO DE STALIN

**LOS AÑOS MÁS PELIGROSOS
DE LA RUSIA SOVIÉTICA,
DE LENIN A JRUSHCHOV**



CRÍTICA

SHEILA FITZPATRICK

EL EQUIPO DE STALIN
Los años más peligrosos
de la Rusia soviética, de Lenin
a Jrushchov

Traducción de Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2016
Primera edición en esta nueva presentación: junio de 2023

El equipo de Stalin
Sheila Fitzpatrick

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *On Stalin's team*

© 2015 Princeton University Press. Publicado por acuerdo con International Editors Co. y Princeton University Press

© de la traducción, Gonzalo García, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-539-5
Depósito legal: B. 7.000-2023
2023. Impreso y encuadernado en España



El equipo emerge

En el principio fue el equipo de Lenin. Vladímir Ilyich Lenin era el capitán, como lo venía siendo desde 1903, cuando los revolucionarios marxistas rusos se escindieron en dos grupos, bolcheviques y mencheviques. La facción de Lenin adoptó el apelativo de *bolcheviques*, o grupo mayoritario, calificando a su oposición de «minoritaria» (*mencheviques*). Pero la realidad era otra: los bolcheviques eran menos numerosos que los mencheviques y fue Lenin —el más intransigente y menos conciliador de los líderes del partido— quien provocó la división. No se admitían discusiones sobre la capitanía bolchevique: quien no quería someterse a Lenin debía irse a otro lugar. Lenin y otros muchos revolucionarios se refugiaron en Europa en los años anteriores a la primera guerra mundial, huyendo de la policía secreta zarista; en su equipo había otros *émigrés* como Grigori Zinóviev y el joven Nikolái Bujarin lo bastante atrevidos como para discutir con Lenin sobre la teoría del imperialismo y el capitalismo de Estado. Pero su partido también tenía apoyo en la clandestinidad revolucionaria rusa, los conocidos como «hombres del comité», veteranos de la prisión y el exilio, como el georgiano Iósif Stalin y el ruso Viacheslav Mólotov.

La clandestinidad acogía a personas más rudas que los emigrados, con menor formación cultural y surgidos de posiciones inferiores por varios puntos en la escala social. Muchos de ellos, como el ruso Mijaíl Kalinin y el letón Yan Rudzutak, eran de clase trabajadora,

como le correspondía a un partido que se calificaba a sí mismo de «proletario». Rusia era un imperio multinacional y el movimiento revolucionario ruso —el Partido Bolchevique incluido— contaba en sus filas con tantos rusos como no rusos. Ello reflejaba el resentimiento de las minorías nacionales contra las políticas de «rusificación» del Antiguo Régimen. Los judíos eran de los más numerosos —por ejemplo Zinóviev, Kámenev y otro secuaz posterior de Stalin, Lázar Kaganóvich—, con grupos cuantiosos del Cáucaso (en especial georgianos y armenios) y bálticos (ante todo letones), así como ucranianos y polacos. El Comité Central bolchevique elegido en agosto de 1917 constaba de ocho rusos, seis judíos, dos letones, dos ucranianos, un polaco, un georgiano y un armenio.¹

En Rusia, tras la Revolución de Febrero, hubo un «gobierno provisional» de orientación liberal; pero su poder era más bien precario. No logró sacar al país de la primera guerra mundial —pese a las derrotas, las cuantiosas bajas y, desde el verano, las deserciones masivas del frente— y este hecho intensificó el malestar popular. Espoleados por la impaciencia de los obreros, marinos y soldados radicalizados, en octubre los bolcheviques asaltaron el poder en Petrogrado. El principal organizador del golpe fue un antiguo *émigré* menchevique, León Trotski, que se unió a sus antiguos adversarios bolcheviques cuando comprendió que Lenin aspiraba en serio a hacerse con el poder. Pero fue Lenin, desde luego, quien encabezó el nuevo gobierno. Este era casi por entero bolchevique, pues Lenin tenía muchos reparos ante la posibilidad de cooperar con los revolucionarios ajenos a su partido. Pero ni siquiera el hecho de que el gobierno fuera monocrómico bastó para anular las disensiones internas.

Durante la guerra civil de 1918-1921, en el partido se formaron varias facciones (una de ellas, en torno de Trotski), pero Lenin estaba resuelto a machacarlas. El modo en que lo hizo representó toda una lección para Stalin y varios de los futuros miembros de su equipo. Lenin aspiraba a vetar la división dentro del Partido Bolchevique, como logró de hecho en 1921: creó una facción propia de organización mucho más estricta que las de sus oponentes, y en particular que la de Trotski, que estaba menos interesado en consolidar un grupo que en resolver una cuestión candente: imponer el trabajo forzoso

tras la primera guerra mundial, una idea a la que los sindicatos se oponían con ferocidad. El bando leninista manejaba incluso acuerdos conspirativos, reuniones secretas y listas de candidatos de la oposición a los que derrotar en las elecciones a delegados provinciales del siguiente congreso nacional del partido. Lenin también sugirió llamar a un antiguo camarada de la clandestinidad para que, con una imprenta manual ilegal, les proporcionara panfletos. Como conspirador veterano, Lenin disfrutaba de todo el proceso y se mofaba de un Stalin —su mano derecha en lo que atañía a la organización del partido— que se lamentaba de que, para acabar con las facciones, todo se centrara precisamente en crear una facción. En cambio Mólotov, el futuro «número dos» de Stalin, se enorgullecía de haber formado «parte del complot contra Trotski en 1921». En las provincias, dos jóvenes bolcheviques —ambos, futuros miembros del equipo— atrajeron la atención de Lenin y Stalin por sus excelentes servicios a la facción de Lenin: Anastás Mikoyán, armenio de veintidós años, y Lázar Kaganóvich, de veintisiete, un judío de clase trabajadora originario de la Zona de Residencia. Ambos prepararon la victoria en los crudos enfrentamientos locales entre las facciones, en la ciudad de Nizhni Nóvgorod (junto al Volga) y en el Turkeistán, respectivamente. Sergó Ordzhonikidze, un georgiano relacionado con Lenin desde 1911, también luchó por la facción de Lenin frente a una oposición intensa, en el Cáucaso.²

El brillante y arrogante Trotski era el segundo hombre del país, en aquellos momentos, gracias a lo que consiguió en la guerra civil y a haber creado y liderado el Ejército Rojo. En 1921 contaba cuarenta y dos años —era casi de la edad de Stalin y nueve años menor que Lenin— y era miembro del Politburó (el organismo del partido que tomaba las decisiones principales) junto con Lenin, Zinóviev, Káme-nev, Stalin y un trío de «candidatos» más jóvenes, sin derecho a voto: Mólotov, Bujarin y Kalinin. Según la posterior versión de Trotski, los conflictos de 1920-1921 no le distanciaron de Lenin. Pero Lenin al menos se tomaba esa proximidad con cautela. Trotski no solo había sido un adversario vigoroso en diversas polémicas prerrevolucionarias sobre la teoría marxista, sino que además era el héroe carismático de la Revolución de 1905, la Revolución de Octubre de 1917 y del triun-

fo en la guerra civil. En otras palabras, deseara o no desafiar el liderazgo de Lenin, era un competidor de primer orden. Para los jóvenes bolcheviques, en particular los que habían servido con el Ejército Rojo durante la guerra civil, Trotski venía a representar una figura de culto. Pero los que habían estado en el Partido Bolchevique antes de 1917 —los «viejos bolcheviques», según se los dio en llamar— tendían a mirarlo con suspicacia, entendiendo que solo se les había sumado a última hora.

Stalin, en comparación, todavía era una figura borrosa. Como hijo de un zapatero de las provincias georgianas, y sin haber completado la educación secundaria en el seminario, era uno de los clandestinos «hombres del comité» que tuvieron como experiencias formativas la conspiración, la prisión y el exilio. Su vínculo con Lenin era anterior a la revolución —lo había visitado en Polonia en 1912, ganándose el apodo de «el georgiano maravilloso»—, pero solo habían colaborado estrechamente desde que Lenin volvió al país, en abril de 1917. Aunque en un principio, como otros bolcheviques radicados en Rusia, quedó desconcertado por la intransigencia de Lenin y su negativa a cooperar con otros partidos revolucionarios, pronto se acomodó a su línea y le apoyó en la controvertida cuestión del golpe de Estado (frente a la oposición de Zinóviev y Kámenev). Durante la guerra civil sirvió en Tsaritsyn (luego llamada Stalingrado) y él y su amigo Klim Voroshílov tuvieron conflictos tan graves con Trotski, jefe del Ejército Rojo, que Lenin tuvo que mediar. Stalin, cuyo carácter tiraba a lo solitario, mejoró las conexiones sociales en el movimiento bolchevique con su segundo matrimonio: durante la guerra civil se casó con Nadia Alilúyeva, hija menor de un famoso revolucionario del Cáucaso. Era un hombre discreto; en aquellos primeros años, casi nunca expresó sus opiniones sobre el Politburó. En cambio destacaba en la organización del partido y la gestión del personal, y llevaba la cuenta de qué comités locales necesitaban apoyo y en qué delegados cabía confiar en que votarían por la facción de Lenin en los congresos anuales del partido.

Como ni era un buen orador ni participaba de forma notable en los debates teóricos del partido, en la década de 1920 no se lo veía como un rival en competencia. Casi todo lo que se afirma sobre él en

este período es negativo; Trotski y otros intelectuales del partido lo valoraban con apelativos desdeñosos como «mediocridad», «nadería», «político de provincias». Nikolái Sujánov, intelectual revolucionario que no era afiliado del Partido Bolchevique pero conocía a todos cuantos tenían alguna relevancia en su seno, solo recordaba «la impresión de un borrón gris, que aparecía levemente de vez en cuando, sin dejar huella». Otro intelectual cosmopolita describía al Stalin de 1919 como «espantoso y banal, como una daga caucásica»; salvo en la «banalidad», sin embargo, quizá son palabras proféticas. A juicio de alguien que colaboró con el Comité Central en los primeros años veinte, Stalin era un hombre disciplinado, secretista y cauteloso, consciente de que su formación era inferior a la de muchos de sus colegas del Politburó, y con una vena vengativa. Stalin, orgulloso y susceptible, sabía qué pensaban los otros de él, y le sentaba mal. Pero Lenin acudía a él «siempre que se necesitaban dureza o taimería».³

Entonces, cuando los soviéticos solo llevaban cinco años en el poder, sobrevino el desastre. Lenin sufrió un primer derrame cerebral el 24 de mayo de 1922, y otro en diciembre, lo que puso fin a su participación activa en la política. Durante más de un año, con Lenin moribundo, el partido quedó atenazado por una crisis de liderazgo. En la ausencia de Lenin, el partido —y, por extensión, el país— fue regido desde el Politburó por Trotski, Stalin, Zinóviev, Kámenev, Mijaíl Tomski y un miembro recién elegido, Alekséi Rýkov, que había sido el segundo de Lenin en la jefatura del gobierno y ahora le sucedía en ese puesto. Stalin era el secretario general del partido; Kámenev encabezaba el Sóviet de Moscú; Zinóviev dirigía al partido en Leningrado; Trotski era el responsable de las fuerzas armadas, y Tomski, de los sindicatos. Tras quedar apartado por la enfermedad, Lenin desarrolló una actitud crítica y casi hostil hacia el conjunto del equipo, al que reprochaba una tendencia «oligárquica». Tanto si esto representaba una conversión tardía a la democracia, según se ha afirmado, como si no era así, es indudable que Lenin se molestó sobremanera al quedar marginado de la toma de decisiones. Una semana después de la segunda apoplejía, Lenin compuso un documento bastante incoherente, conocido *a posteriori* como su «testamento», en el que analizaba a todos los posibles sucesores... y los suspendía a todos.

Había dos «líderes destacados», Stalin y Trotski, cuyos rasgos de personalidad, sin embargo, podían «acabar acarreado la división» del partido. Stalin, en su calidad de secretario general del partido, había «concentrado en sus manos un poder enorme» que quizá no siempre sabría usar con prudencia; y en cuanto a Trotski, aunque «personalmente era el más dotado» para la dirección, tendía al exceso de confianza y de autoritarismo. A las pocas semanas, Lenin añadió una posdata muy crítica con Stalin: era «demasiado brusco» y la secretaría general debía pasar a otra persona «más paciente, más leal, más respetuosa y atenta con los camaradas, menos caprichosa, etcétera».⁴

En parte, el disgusto de Lenin tenía que ver con el desacuerdo en la cuestión de las nacionalidades, el único tema en el que Stalin afirmaba ser un experto de primer orden. La recién formada Unión Soviética incluía territorios en el Cáucaso —las futuras repúblicas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán— que ya habían formado parte del viejo imperio ruso y quedaron incorporadas al Estado revolucionario con distintos grados de voluntariedad. La más reticente había sido Georgia; en los primeros años de la década de 1920 era candente la cuestión de si debía conservar su condición de república autónoma o bien sumarse a una Federación Transcaucásica. Stalin era el principal defensor de la Federación; Lenin la respaldaba, pero sin hacer caso omiso, como Stalin, de la inquietud de los bolcheviques georgianos que se oponían a la idea. Cuando llegó la noticia de que Sergó Ordzhonikidze, aliado de Stalin en la región, había atacado a uno de los adversarios locales, Lenin se enfureció. Era como si, con la enfermedad, hubiera regresado a los códigos de honor y decoro de su respetable educación provinciana, allá en la década de 1880.

La reacción de Lenin ante la cuestión del Cáucaso, extraña por su distancia con los bolcheviques, corrió en paralelo a la furia con la que reaccionó a la grosería de Stalin con su esposa, Nadezhda Krúpskaya. Stalin, que en sus relaciones personales solo había modificado en parte su machismo georgiano, siempre se sintió incómodo ante esposas como Krúpskaya, mujeres firmes que eran veteranas del partido por sí mismas, que no aceptaban la subordinación y desdeñaban las artimañas femeninas. Cuando los colegas del Politburó encomendaron a Stalin la desagradable tarea de procurar que Lenin cum-

pliera el descanso ordenado por los médicos, estaba casi cantado que chocaría con Krúpskaya. Como esposa leal —«camarada», habría dicho ella—, Krúpskaya buscaba el modo de satisfacer la ansiedad de Lenin llevándole periódicos, transmitiendo mensajes para los compañeros y manteniéndole al día en lo posible. Stalin la increpaba con rudeza y, cuando Lenin lo supo —poco antes del tercer derrame, que sufrió en marzo de 1923—, escribió con frialdad que quien insultaba a su esposa lo insultaba a él; con ello volvía de nuevo a las normas en las que fue educado, pues los bolcheviques no hablaban así de sus mujeres. Amenazó con romper las relaciones hasta que Stalin ofreciera sus disculpas. Stalin se sintió tremendamente dolido por el desprecio de un hombre al que, según le dijo a la hermana de Lenin, «amaba con todo su corazón». Aun así, solo se disculpó a regañadientes: creía que Lenin se estaba mostrando por entero irrazonable y que era Krúpskaya la que estaba actuando mal. Le dijo a Mólotov, con resentimiento: «Solo porque mea en el mismo sitio que Lenin, ¿se supone que tengo que mostrarle el mismo aprecio y respeto que a Lenin?». Mólotov, aunque no admiraba a Krúpskaya, había tenido una educación distinta y consideraba de mal gusto las palabras de Stalin.⁵

Lenin falleció el 21 de enero de 1924. En su funeral, el 27 de enero, todos los miembros del Politburó —Stalin, Kámenev, Zinóiev, Tomski y los «candidatos» Mólotov, Bujarin y Rudzutak— llevaron el féretro junto con Félix Dzerzhinski, el respetado bolchevique polaco que había fundado la Checa (policía secreta). Trotski, magullado por la lucha política con los colegas del Politburó, se recuperaba en el sur de una enfermedad y declinó volver a Moscú para el funeral; en el plano personal fue una decisión extraña, a la luz de su declarado apego a Lenin, y en el plano político supuso el suicidio.

La carrera por la sucesión estaba en marcha. Fue una pugna rara. En primer lugar, no existía un cargo formal de jefatura del partido por el que competir. Los otros líderes afirmaban de forma unánime —y probablemente sincera, al menos por un tiempo— que nadie podía sustituir a Lenin. El Politburó nunca había dispuesto de una jefatura oficial; se lo concebía como un grupo de iguales, aunque desde luego Lenin iba a la cabeza de todos esos iguales. Una segunda rareza, consecuencia de la anterior, fue que la «pugna por la sucesión»

(según la denominan los historiadores) no fue una carrera manifiesta por el liderazgo. Se empeñaron más bien en imponer la unidad frente a la «división interna» y la resistencia al gobierno de la mayoría, aunque esto se utilizó para disimular ambiciones personales (e ilegítimas) de hacerse con la dirección. La división en bandos, aunque oficialmente prohibida, no dejó de ser una pesadilla: «en el partido, el liderazgo formaba una capa muy delgada, tan delgada que no paraba de agrietarse una y otra vez», según el recuerdo posterior de Mólotov. Como les pasó a los jacobinos en la Revolución Francesa (un precedente de revolución fallida que estaba muy presente en la cabeza de los miembros del partido), los bandos internos podían terminar con el bolchevismo. Su control del poder era débil: podía fallarles y acabar así con toda la revolución; sin duda, con el apoyo de las potencias hostiles del capitalismo occidental, que ya habían intentado lograr ese fin antes, al intervenir en la guerra civil.⁶

Trotsky era la amenaza más obvia. No era un bolchevique de los «viejos»; en 1920 se le había reprochado que causara división interna, debido a desacuerdos en las medidas que adoptar; además —siempre con la analogía de la Revolución Francesa en mente— el modo en que había liderado el Ejército Rojo durante la guerra civil facilitaba que se lo viera como un Napoleón en potencia. En realidad, lo suyo no era organizar facciones, pues era impaciente, testarudo y sarcástico, y despreciaba a quien no poseía su mismo intelecto. Probablemente ni siquiera le interesaba dirigir el partido. Pero le gustaba ver triunfar su criterio, adoraba discutir sobre las orientaciones prácticas de la política y se consideraba a sí mismo como el principal teórico marxista del partido. No es de extrañar que sus colegas del Politburó, a los que mostraba escaso respeto, creyeran que aspiraba al liderazgo; en especial, los que también lo deseaban para sí mismos, esto es: Zinóviev y Stalin.

Lenin no era el único que se inquietaba por la posible muerte de la democracia revolucionaria. Desde luego, todos los bolcheviques defendían el control centralizado de un partido único, pero estaban acostumbrados a un grado notable de independencia por el que el partido acogía multitud de opiniones; en la práctica, esto se traducía también en una considerable autonomía local. El Partido Bolchevi-

que estaba habituado a hacer la revolución, pero ahora que estaba en el poder, debía modificar su *modus operandi*. El proceso se denominó «burocratización» y todos los líderes bolcheviques afirmaron estar en contra de ese cambio y se culparon mutuamente de que ocurriera.

Había otros problemas a los que atender. Uno era la política económica. Durante la guerra civil, los bolcheviques habían intentado imponer la nacionalización plena en las ciudades; fracasaron y optaron por legalizar de nuevo parcialmente el mercado, mediante la que se dio en llamar «Nueva Política Económica». Las confiscaciones de la guerra civil habían provocado enfrentamientos graves con el campesinado —que aún seguía representando el 80 % de la población—, lo cual obligó a dejar la agricultura en la misma condición en que estaba: no solo no socialista, sino precapitalista («atrasada», por usar el insulto favorito de los bolcheviques). Pero los bolcheviques eran modernizadores socialistas, además de revolucionarios. Si no lograban que la economía se modernizara según los principios socialistas, su revolución habría fracasado. El *quid* era cómo y cuándo hacerlo.

El año de interregno, 1923, fue un período de análisis intenso dentro del propio partido. Trotski defendía políticas económicas más atrevidas; otros pedían un partido más demócrata. Los líderes aceptaron estudiar con ambición los grandes temas. Esto ponía de manifiesto la fortaleza del partido —dijo Stalin, con voluntad de hacer de la necesidad, virtud—, no su confusión o debilidad. Por descontado, había límites: el partido era un arma de combate, no un espacio para charlar sobre el trabajo (en palabras de Stalin, otra vez), y según admitió Zinóviev con franqueza, cuando la necesidad obliga, «todo revolucionario dice: al diablo los principios “sagrados” de la democracia “pura”». Trotski y sus partidarios participaban con especial afán en los debates, y cuando este publicó un manifiesto en el que pedía adoptar un «nuevo rumbo» que reavivara el espíritu revolucionario, corrigiera el anquilosamiento del partido y atrajera a los más jóvenes, sus compañeros de la vieja guardia no lo recibieron con placer.

En el invierno de 1923-1924, los debates se convirtieron en una especie de campaña electoral, porque en esas fechas los comités locales del partido debían seleccionar a los delegados para la próxima XIII Conferencia del Partido. La «Oposición», como se la empezaba

a denominar, envió portavoces a los diversos comités locales; no acu-
día Trotski en persona, pues enfermó y sufría crisis repetidas, sino sus
partidarios, así como defensores de una mayor democracia en el par-
tido (como bando distinto, sin representación en el Politburó). La
oposición a la Oposición, que iba adoptando el nombre de «mayoría
del Comité Central», también activó sus recursos, con Zinóviev como
portavoz más visible. Es difícil determinar cuántos apoyos había lo-
grado la Oposición. Por lo general, los éxitos iniciales obtenidos en
Moscú quedaron anulados tras la llegada de los pesos pesados de la
mayoría del Comité Central, cuya capacidad de persuasión, además,
se veía reforzada por la especialidad de Stalin: imponer la disciplina
bajo cuerda. Sin embargo, es probable que la «mayoría» no tuviera
más derecho a este título del que tenían los bolcheviques en 1903, y
su victoria fue decisiva. De los 128 delegados con voto que se reunie-
ron en la conferencia del partido en enero de 1924, solo tres pertene-
cían a la Oposición. En un poderoso discurso ante la conferencia, que
marca el paso a un papel de liderazgo público más visible, Stalin se
mofó de Trotski como de un converso tardío a la democracia —du-
rante la guerra civil había destacado por la disciplina rigurosa y la
centralización— y le acusó de dividir al partido con afán de liderazgo,
según dio a entender: se había «contrapuesto a sí mismo al Comité
Central haciendo correr la idea de que era un superhombre situado
por encima del Comité Central», dijo Stalin.

Fue el principio del fin de Trotski, aunque siguió siendo miembro
del Politburó con derecho a voto, y su voz resonó con fuerza e insisten-
cia en sus debates durante varios años más. En el XIII Congreso del
Partido, celebrado el mes de mayo siguiente, su discurso fue mucho
menos ambicioso. Intentó añadir un toque de humildad, diciendo que
«el partido siempre tiene la razón» porque tenía la historia a favor. Al-
gunos años más tarde, esto no habría llamado la atención, pero en 1924
todavía era inusual, y puesto en boca de alguien tan tenaz como Trots-
ki —que había criticado ferozmente a los bolcheviques hasta que se
unió a ellos en junio de 1917— sonaba sencillamente hipócrita. La
viuda de Lenin, Krúpskaya, se mofó de estas palabras.⁷

Si el XIII Congreso del Partido, de marzo de 1924, fue un mal
momento para Trotski, para Stalin tampoco fue bueno. Unos pocos

días antes de que se inaugurase, Krúpskaya había ido pasando la carta que se acabó conociendo como «el Testamento de Lenin», y los líderes del partido —todos ellos objeto de crítica en el texto— tuvieron que apresurarse a decidir qué hacían. En contra de lo que Lenin había pedido, resolvieron que la carta no se divulgaría ante todo el congreso, tan solo circularía entre un grupo selecto de delegados provinciales. Stalin se ofreció a dimitir como secretario general, pero nadie le tomó la palabra. Para él fueron momentos tensos e infelices. Según se dijo, en mitad del congreso huyó de Moscú para refugiarse en una dacha en la que se negó a admitir a nadie, salvo a la esposa de Tomski, María, «que se sentó a su lado durante dos días y dos noches, lo alimentó con una cucharita y lo cuidó como a un niño» hasta que se lo pudo convencer de que regresara a Moscú. «Se le ha insultado de un modo que no merece», se lamentó Tomski. María era amiga de Nadia, la esposa de Stalin, cuya ausencia (de Nadia) en el episodio es notable: la pareja no se llevaba bien.

En esta misma época aparecen también otros signos de un Stalin inusualmente vulnerable. Unos meses más tarde, Stalin recibió una carta de un miembro de la Komsomol de las provincias del norte, donde expresaba su ferviente apego político por él y le pedía permiso para adoptar su apellido, dado que Stalin era el discípulo genuino de Lenin. Stalin respondió en persona (aunque lo esperable era que esta labor se delegara en un secretario) y su respuesta suena casi como el *cri de coeur* de un hombre solitario agradecido por una palabra amable: «Nada tengo que objetar a que adopte el nombre de Stalin; por el contrario, me complacerá mucho, pues tal cosa me dará la ocasión de tener un hermano menor (no tengo hermanos ni los he tenido nunca)». La carta se escribió unas pocas semanas después de que Stalin fuera relevado de sus labores como secretario del Comité Central, tras haber renunciado al puesto con la excusa de que debía apartarse por razones de salud. Pidió que lo enviaran «al distrito de Turujánsk [un pueblo gélido de la zona septentrional, en la provincia de Krasnoyarsk, lugar de su último exilio prerrevolucionario], a la provincia de Yakutsk o algún otro lugar remoto en un puesto discreto». En otras palabras, solicitaba que lo enviaran lo más lejos posible y —pidió al Comité Central que deci-

diera en su ausencia— sin que tuviera que verse con los camaradas ante los que había sido humillado.⁸

El Comité Central no lo despachó a Turujánsk, por descontado. Ni siquiera lo apartó de la posición de secretario general y, tras unas vacaciones, en otoño, Stalin volvió al trabajo. Pero sus amigos y compañeros no olvidaron que aquellos fueron años malos en los que el ego de Stalin quedó dolido. Por lo general se da por sentado que Stalin ya se veía a sí mismo como el líder del futuro y puso en práctica una estrategia sistemática para ir librándose de los competidores, uno por uno. Esto quizá sea cierto, pero solo desde nuestro punto de vista del presente, una vez que sabemos que él se impuso. Según lo recordaba Stalin más tarde, eran *los demás* quienes habían salido *a por él*, no a la inversa.

Aunque se sentía acosado, Stalin había empezado a reunir en torno a sí a un grupo de partidarios, al igual que sus rivales Trotski y Zinóviev. En comparación con los demás, en el equipo de Stalin escaseaban los intelectuales, los cosmopolitas, los judíos y los antiguos emigrados; en cambio contaba con más obreros y más rusos, así como con un contingente sustancial del Cáucaso. Este carácter proletario, como el origen ruso, tenía su importancia para la legitimidad del equipo. En una polémica con Trotski, Mólotov se jactaba de contar con «auténticos [proletarios] rusos» como Kalinin, Voroshílov y Tomski, en contraste implícito con los intelectuales judíos presentes en la Oposición. Stalin se congratulaba de que «nuestros proletarios» confiaran cada vez más en sí mismos y añadió a Rudzutak a la lista de Mólotov. La «resistencia» o «dureza» de los bolcheviques (*tverdost*), vista como una cualidad natural de los obreros, no así de los intelectuales, era especialmente apreciada en el equipo de Stalin, varios de cuyos miembros habían trabado lazos mutuos colaborando en distintos frentes de la guerra civil. Pero Stalin también valoraba la competencia, la energía y la capacidad de trabajar con intensidad. El ambiente del equipo ha sido caracterizado como de «conspiración, compañerismo y humor grueso masculino».⁹

El primer recluta notable del equipo de Stalin fue Viacheslav Mólotov. Aunque se conocían desde 1912, no eran particularmente próximos, en el plano de la amistad personal. Hubo algunas friccio-

nes en 1917, cuando, tras regresar del exilio Stalin y Kámenev, Mólotov perdió el liderazgo del Comité de Petrogrado. En la guerra civil, Mólotov se distinguió menos que Stalin, pero logró contraer matrimonio con una mujer interesante y de fuerte carácter: Polina Karpóvskaya, más conocida por el nombre que empleaba en el partido: Zhemchúzhina. Era hija de un sastre y conoció a su marido mientras servía como comisaria política en el Ejército Rojo (la respetable familia rusa de Mólotov, de provincias, la desdeñaba por ser una judía cualquiera). Mólotov gozó de un ascenso claro en 1921, cuando Lenin lo situó como secretario del partido. Esto no duró mucho, sin embargo, pues Lenin no tardó en decidir que Mólotov, aunque era un buen organizador, carecía de la debida astucia política, y emplazó a Stalin por encima de él con el nuevo cargo de secretario general. A Mólotov quizá le sentara mal; según el tono de una conversación privada con Stalin al respecto de la teoría marxista, sostenida al cabo de unos pocos años, aún insistía en situarse en el mismo nivel que Stalin. Aun así, Mólotov era doce años menor; de hecho, entró en el Politburó como «candidato» en 1922, con tan solo treinta y dos años (el miembro más joven del organismo, según él mismo rememoró luego con orgullo), mientras que Stalin era miembro de pleno derecho desde que se creó la institución, en 1919. Con los quevedos y el bigote recortado, Mólotov no tenía especial aspecto de revolucionario, ni siquiera en su juventud; habría pasado por un funcionario gubernamental, cargo para el que, por cierto, lo cualificaba su diploma de educación secundaria (obtenido cuando ya era un profesional de la revolución). No era muy brillante ni rápido de pensamiento, pero, según su propio testimonio y el de otras fuentes, se organizaba bien y trabajaba más duro que nadie. Trotski, al que Mólotov odiaba, lo censuró una vez en el Politburó afirmando que era «uno de los burócratas sin alma del partido que, con su trasero de piedra, machacan toda manifestación de libre iniciativa y libre creatividad». Mólotov se ajustó los quevedos y, con cara de pesar y la voz rota, respondió: «No todos podemos ser genios, camarada Trotski». La referencia a su trabajo infatigable, ese desdeñoso «trasero de piedra», hizo fortuna.

Klim Voroshílov, el gallardo jinete más conocido por su arrojo personal que por su brillantez intelectual, compartía mucho camino

con Stalin. Tenían una edad similar, se habían encontrado compartiendo habitación para la conferencia clandestina del partido en Estocolmo, de 1906, y luego habían colaborado en Bakú. Pero el lazo definitivo se forjó en Tsaritsyn, durante la guerra civil, cuando Stalin era comisario político para el suroeste y Voroshílov, jefe del Ejército del Suroeste; en parte se unieron en contra de Trotski, pues Voroshílov aprovechó la protección de Stalin para desafiar las órdenes militares de aquel. Voroshílov, nacido en Ucrania, en el seno de una familia proletaria de etnia rusa, empezó a trabajar a los diez años en las minas de la cuenca del Donets. A los quince años estaba empleado en una fábrica; a los diecisiete se unió al movimiento revolucionario. Su esposa, una judía llamada Golda Gorbman (que luego se bautizó y adoptó el nombre de Yekaterina), era una activista con la que Voroshílov se había casado en el exilio, antes de la revolución. Pese a su reputación posterior como militar, Voroshílov no sirvió en el ejército ruso durante la primera guerra mundial; solo después de la Revolución de Febrero, ya como revolucionario profesional, estableció contacto con soldados en Petrogrado y fue elegido por estos como delegado ante el Sóviet de Petrogrado («sóviet de los diputados de obreros y soldados»). Tras formar una unidad de resistencia partisana en Ucrania durante la guerra civil, creó y dirigió el Primer Ejército de Caballería, que participó en la guerra con Polonia en 1920-1921. Tras la guerra, siguió asociado a las fuerzas armadas y, en 1925, fue nombrado ministro de Defensa (antes lo había sido Trotski). Al acabar aquel año, fue elegido miembro del Politburó.¹⁰

Lázar Kaganóvich, más joven que Stalin (quince años de diferencia) y que Mólotov (tres años), colaboró con estos dos en el Comité Central del partido en los primeros años veinte, pero desde una posición jerárquica inferior: estos eran secretarios y él, un simple jefe de departamento. Aun así, la sección fue importante para el ascenso al poder de Stalin: el departamento de personal. Era un judío nacido en Ucrania, dentro de la Zona de Residencia (fuera de la cual los judíos no tenían permiso para asentarse, por lo general); en la adolescencia trabajó en una fábrica de zapatos y se sumó al movimiento revolucionario en pos de sus hermanos mayores, Mijaíl y Yulius. Durante la guerra civil fue comisario político en el Ejército Rojo, y prestó servi-

cio en varios lugares, como por ejemplo Vorónezh (donde conoció a Stalin) y el Turkestán (donde luchó contra rebeldes locales y bandos del partido junto con otro futuro miembro del equipo de Stalin, Valerián Kúibyshev). Si en 1922 Stalin invitó a Kaganóvich a trabajar en el secretariado, fue probablemente por la recomendación de Kúibyshev, que acababa de mudarse a Moscú como secretario del Comité Central. Uno de sus colaboradores lo describió como una persona rápida y enérgica, humilde y sabedora de que su educación había sido deficiente. Más adelante se destacó a menudo, más que por su humildad, por su dureza y la tendencia a acosar e intimidar físicamente a los subordinados. Pero al menos con relación a Stalin nunca perdió esa humildad; fue el más devoto de todo el equipo (era «estalinista al 200 %», en palabras de Mólotov), y ni siquiera en los días de camaradería más informal, en la década de 1920, se acostumbró a dirigirse a Stalin con el tuteo familiar (*ty*) que sí usaban sus colegas. Se llevaba bien con Mólotov y, aun sin ser amigos, colaboraban en el secretariado. A juicio de Mólotov, Kaganóvich recurría demasiado a lamentarse con palabras como: «Para ti es fácil, tú eres un intelectual, pero yo vengo de los obreros». Fue elegido «candidato» del Politburó en 1923, pero de 1925 al final de la década solía estar fuera de Moscú: era el hombre de Stalin en Ucrania, donde tenía el cargo de primer secretario del partido.

Para Trotski, Zinóviev y Kámenev, y sin duda también para la élite del partido en general a mediados de la década de 1920, lo que distinguía al grupo de Stalin era que estaba formado ante todo por personas que trabajaban o habían trabajado en el Comité Central del partido. Tal era el caso no solo de Stalin, Mólotov y Kaganóvich, sino también de Valerián Kúibyshev, Yan Rudzutak y Andréi Andréyev: todos ellos fueron secretarios del partido en algún momento de la primera mitad de la década de 1920.

Kúibyshev, ruso como Mólotov y de aproximadamente la misma edad, fue uno de los hombres más cultos que se unieron nunca al equipo de Stalin; Mólotov lo situaba en un nivel superior al suyo propio, tanto cultural como socialmente. Era hijo de un militar ruso que, como el padre de Lenin, era de condición noble; había sido cadete en una academia militar que abandonó para unirse al movimien-

to revolucionario. En 1917-1918 dirigía un importante sóviet urbano del Volga, luego fue comisario político en el Ejército Rojo y terminó la guerra civil en el Turkestán. Fue elegido «candidato» del Politburó en 1921 y centró su actividad en la industria y la planificación estatal; aun así en los años veinte trabajó durante dos temporadas para el partido: primero como secretario del partido (con Stalin y Mólotov), en 1922, y mediada la década, como jefe de la Comisión de Control del partido, donde fue un útil aliado de Stalin en su lucha contra los trotskistas. Pero no estaba ni entre los aliados políticos más próximos a Stalin ni en el grupo de amigos que compartían la vida social. Prefería mezclarse con las gentes del mundo del arte y, en la década de 1920, llevó una vida privada más bien tumultuosa: aunque siguió casándose en el círculo de los «viejos bolcheviques», su tercera y su cuarta mujer ya pertenecían a la generación siguiente.¹¹

El letón Yan Rudzutak, nueve años más joven que Stalin, era bolchevique desde 1905. Aunque había trabajado en una fábrica de Riga y al origen proletario se le sumó una educación formal escasa, tras la revolución destacó por estar muy interesado en la cultura y trabar muchos vínculos con el mundo artístico; sin duda, esta debió de ser una de las razones por las que Mólotov consideró, en la década de 1930, que se había vuelto un poco blando. Tras un período como secretario general (1923-1924), se lo puso al frente de los ferrocarriles. Aunque Stalin lo apreciaba, no compartían la vida social y no siempre se le vio como un hombre netamente estalinista. En cierto momento, por ser precisamente una figura poco alineada, se habló de proponerlo como sustituto de Stalin en la secretaría general. Fue «candidato» del Politburó desde 1923, y miembro de pleno derecho en 1926; pero Mólotov siguió inquieto por sus vacilaciones. Stalin le dijo que no se preocupara: «Está “jugando a la política”, con la idea de que así es como son los “políticos reales”».

Andréi Andréyev, diecisiete años menor que Stalin, era otro de los proletarios. Fue uno de los miembros más jóvenes del equipo, «candidato» del Politburó desde 1926. Era hijo de un campesino ruso; trabajó en la industria de la munición y se unió a los bolcheviques en la adolescencia. Conoció a su esposa, Dora Jazán, durante la primera guerra mundial, cuando los dos trabajaban en la gran fábrica

de Putílov y participaban activamente en el movimiento revolucionario; más adelante Dora fue amiga de Nadia, la esposa de Stalin, y compartió estudios con ella. En 1920, Andréyev apoyó al bando de Trotski, lo que supuso un freno a su carrera política; pero según Mólotov, a pesar de esta decisión, seguía siendo «amigo nuestro». Destacaba por ejecutar las instrucciones de forma estricta y sin poner nada en duda, lo cual hizo de él un verdugo temible durante las Grandes Purgas. En la década de 1920 los compañeros lo trataban con relativa condescendencia; incluso Voroshílov, que no era precisamente el orador más pulcro ni persuasivo del equipo, afirmó en 1928 que podía dar a «Andriusha» consejos sobre cómo exponer sus ideas con más claridad ante una reunión del Comité Central. A lo largo de la década, Andréyev fue cursando la educación secundaria en su tiempo libre, con ayuda de tutores. En la década de 1930, fue apreciado y respetado como mentor de los jóvenes que prometían como funcionarios.¹²

En el grupo de los obreros, el de más edad y posición más sólida era Mijaíl Kalinin. En 1898 había sido, de hecho, uno de los fundadores del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, del que surgió, cinco años después, el Partido Bolchevique. Con su discreta perilla, tenía un aspecto ligeramente malévol, pero aunque aún estaba en los cuarenta, ya se hablaba de él (con diversos grados de condescendencia, respeto y afecto) como del «viejo» (*starosta*) de la revolución. Era de origen campesino y en su adolescencia fue trabajador asalariado en San Petersburgo. Su heterogénea carrera posterior, ya fuera como obrero (del metal o el ferrocarril) o como revolucionario semiprofesional, le llevó a diversos rincones del imperio, por ejemplo Georgia, donde trabó amistad con el futuro suegro de Stalin, Serguéi Alilúyev, y Riga, donde conoció a su esposa, Yekaterina Lorberg, una joven trabajadora estonia con similares creencias revolucionarias. De 1919 a 1946, el año de su muerte, fue titular de la jefatura del Estado soviético y una de las figuras más populares del partido; en los congresos del partido, recibía más aplausos que nadie (salvo Stalin). Se presentaba a sí mismo como un viejo y astuto campesino, y disfrutaba representando papeles cómicos en las reuniones del partido, aprovechando su edad y popularidad, por lo general con éxito. En los debates de la

década de 1920, solía adoptar una postura moderada y defender los intereses de los campesinos, algo anómalo en un partido «proletario» que sospechaba que en el campo anidaban los instintos codiciosos de la burguesía; en 1928, incomodó a Stalin al comentar con descaro que hablaba «como un campesino», y no como un miembro de la jefatura del partido. Aunque Kalinin terminó sumándose al equipo de Stalin, Trotski (con el que Kalinin y su esposa compartieron un apartamento comunitario del Kremlin durante la guerra civil) afirmaba que lo había hecho con suma reticencia; de hecho, le atribuía haber afirmado que «este caballo [es decir, Stalin] acabará por lanzar nuestro carro a la cuneta». Quizá intuyó lo que ocurriría, pero es más probable que no quisiera unirse a ningún bando mientras no se viera obligado a hacerlo.

El georgiano Grigori Ordzhonikidze —Sergó, por su mote revolucionario— era otro veterano del movimiento revolucionario, uno de los cofundadores del Partido Bolchevique en 1903, que conocía a Lenin desde hacía mucho. En 1912 fue elegido para el Comité Central bolchevique, condición de la que, entre los líderes de la década de 1920, solo podían presumir Lenin y Zinóviev (aunque Stalin fue cooptado algo más tarde y Kalinin era un «candidato»). En los primeros años veinte, como jefe de la Oficina Caucásica de los bolcheviques, junto con Kírov, fue un importante aliado de Stalin en la política del Cáucaso; pero los dos chocaron fuertemente con Lenin en 1922, por la cuestión de las nacionalidades, lo que probablemente explica por qué se tardó en trasladar a Ordzhonikidze al centro. Era un personaje leal y generoso, que tuvo muchos amigos, entre ellos Stalin, Voroshílov y Mikoyán. En el equipo se lo veía como un georgiano típico, «un hombre de emoción y sentimiento», en palabras de Mólotov; era explosivo y se ofendía con facilidad. Finalmente, se lo llamó a Moscú en 1926, para sustituir a Kúibyshev al frente de la Comisión de Control del partido, un puesto clave en la lucha contra la división interna (aunque esta lucha contra las facciones no era un rasgo natural del temperamento de Ordzhonikidze). Fue el único miembro del equipo de Stalin que mereció un comentario individual de Trotski; coincidía con Mólotov en la lealtad de Ordzhonikidze y apreciaba en él «contundencia, valentía y firmeza de carácter», contra

cierta «falta de refinamiento»; aunque desde el punto de vista de Trotski, la ausencia de refinamiento era característica en general de todo el equipo de Stalin.¹³

El armenio Anastás Mikoyán era el más joven de un trío de amigos en el que también estaban Ordzhonikidze y Serguéi Kírov, que subió del Cáucaso en 1926 para unirse al equipo de Stalin en el centro del país. Había abandonado el seminario, como Stalin, pero era diecisiete años menor que este. Mikoyán se hizo famoso por ser el único superviviente de los legendarios veintiséis comisarios de Bakú que, según se decía, fueron ejecutados por los británicos durante la guerra civil. Era un joven afable y gregario, que trabó amistad con Kúibyshev en el Turkestán, durante la guerra civil, y unos años más tarde quedó en deuda con Voroshílov y Ordzhonikidze cuando los dos cuidaron de su joven esposa, Ashjén, y su bebé recién nacido, mientras Mikoyán se veía obligado a ausentarse por asuntos del partido. Mikoyán tenía familiaridad con Stalin, al que tuteaba desde 1923. El joven ofrecía una figura revolucionaria impresionante, e iba vestido, como era habitual en aquellos años, con detalles militares: botas altas, guerrera con cinturón, gorra con visera. Tras un período en el Volga, en los primeros años veinte, en el que destacó en su apoyo a la facción de Lenin, regresó al sur como secretario del partido en Rostov del Don, antes de ser convocado a Moscú en 1926, para dirigir el Ministerio de Comercio. Recibió el traslado sin entusiasmo, aunque acarrearía un puesto de «candidato» en el Politburó, porque le gustaba el sur, quería seguir ocupándose de asuntos del partido y entendía que el comercio era una cuestión burguesa. Pero sobresalió tanto en su desempeño que pasó cuarenta años como principal experto del partido en el comercio interior y exterior; con el paso del tiempo, se consideró natural que, con la astucia típica de los armenios, entendiera más que nadie de comercio. Mikoyán resultó ser el gran superviviente de la política soviética, aunque tuvo muchos encontronazos con Stalin. En el equipo destacaba por la reticencia a matar o exiliar a los adversarios o disidentes; no se oponía a ello por principios, pero en la práctica intentó evitarlo todo lo posible. Convencido de la importancia de la lealtad familiar, también quebrantó repetidamente las reglas del equipo al procurar cuidar de las familias de las víctimas.